Apenas habia Morgan desocupado su vaso, como si el diablo hubiese aceptado el reto que acababa de dirigírsele, oyóse la vinagrada voz del centinela, gritando: Quién vive?

-Eh! exclamaron los dos jóvenes, qué significa esto?

Llegaba del lado de Pont-d'Ain una partida de treinta hombres, la cual, despues de haber rendido el santo y seña, entró en el cuartel, mandada por dos, al parecer oficiales.

--- Atencion! dijo Morgan.

AIRATISSISSIMILA DE TOTO PRO

Pusiéronse los dos á escuchar, fija la vista en la puerta del cuartel.

Expliquemos al lector el motivo de una interrupcion tan inesperada en una cena, que, no por ser servida á las tres de la madrugada, era por esto menos favorecida.

Criscia was dentus parant at - kariena attanta su chast espicas

bisqui abilicio, al piò de la osal relaba paseggue cascentinene:

es e ... Fames, vijo, de seguro se me fallapolida domena, vaso

grade strong sometis Golpe en vago. Anov. olatricon tros

No se habia equivocado la hija del conserje, al asegurar que era Roland quien hablaba en la cárcel con el capitan de gendarmes. Tampoco iba descaminada Amelia al creer que la venida de su hermano tenia por objeto la persecucion de Morgan y de los suyos.

No se crea sin embargo que dejó Roland de presentarse en el castillo de Fuentes-Negras, porque abrigase la mas remota sospecha de las amorosas relaciones existentes entre su hermana y el jefe de los compañeros de Jehú. Lo único que le indujo á obrar con tan extremada reserva fué el temor de alguna indiscrecion por parte de los dependientes del castillo.

Habia reconocido perfectamente á Carlota en casa de su padre, mas como ella no hizo la menor demostracion al verle, consideró habria sido desconocido; con tanta mayor razon, cuanto que estuvo muy breves instantes en su presencia, saliendo luego de la cárcel para aguardar al capitan en la plaza del Bastion, lugar muy solitario en aquella hora.

Allí debia ir y fué en efecto á encontrarle el jefe de gendarmería, hecha la entrega de los presos, aguardándole entretanto Roland con visible impaciencia, recorriéndola á largos pasos. En la cárcel se habia contentado con darse á conocer; allí podia ya entrar en materia. En pocas palabras enteró por lo tanto al capitan del objeto de su viaje.

Así como en las asambleas públicas, al pedir uno la palabra para una alusion personal, se le concede al momento, del mismo modo al solicitar Roland del primer cónsul, por un motivo personal tambien, el encargo de perseguir á los compañeros de Jehú, lo habia obtenido sin dificultad.

Una órden del ministro de la guerra ponia á su disposicion, no solo toda la guarnicion de Bourg, sí que tambien las de las demás ciudades vecinas. Una circular del prefecto de policía mandaba á todos los oficiales de gendarmes auxiliarle en cuanto menester fuese. Habíase dirigido naturalmenle, antes que á otro alguno, al jefe del destacamento de Bourg, á quien conocia desde mucho tiempo, teniendo muy experimentado su valor y exquisito celo. No podia haber hecho mejor eleccion: el capitan de gendarmería de Bourg estaba sumamente prevenido contra los compañeros de Jehú, que se atrevian á detener las diligencias á un cuarto de legua de la ciudad, burlando su vigilancia y repetidas precauciones. Estaba enterado de los partes remitidos al prefecto de policía sobre las tres últimas detenciones, y no se le ocultaba hasta donde podia esto perjudicarle.

Pero Roland acabó de alarmarle refiriéndole lo que le habia sucedido en la Cartuja de Seillon la noche que se propuso sorprender los misterios de aquella tenebrosa asociacion, y sobre todo, lo que á sir John aconteció en la noche siguiente.

Habia llegado á su noticia, cuando ocurrió lo que Roland le referia, que el huésped de madama de Montrevel habia sido mortalmente herido de una puñalada; mas como nadie fué á darle parte, consideró prudente dejar aquel hecho en el silencio que parecia Roland desear.

En aquella época de confusion y desórden manifestábase con frecuencia la fuerza pública indulgente hasta un extremo desconocido en otra cualquiera ocasion. Por lo que toca á Roland, nada habia dicho, para reservarse la satisfaccion de perseguir por sí mismo á los nocturnos habitantes de la Cartuja.

Por esto hemos visto que al llegar á París fué lo primero de que habló á Bonaparte, insistiendo en la misma idea tan luego como volvió á presentársele ocasion favorable.

Contaba en la actualidad con todos los medios indispensables para conseguir su intento, hallándose firmemente resuelto á no volver al lado del primer cónsul sin haber exterminado á los asesinos de sir John. Era por otra parte una de las aventuras que mas podian halagarle. No estaba exenta de peligros, y era al mismo tiempo altamente pintoresca. Iba á combatir á una clase de enemigos que no se dejaban ver á la luz y que presentaban por consiguiente algo de misterioso.

Muy distante estaba Roland de adivinar el verdadero motivo, esto es, la recomendacion de Morgan, de haberse salvado dentro de la Cartuja y en el campo de batalla donde se batieron los republicanos con los soldados de Cadoudal.

¿ Cómo suponer que una simple cruz trazada sobre su nombre le hubiese tan eficazmente protegido en una distancia de doscientas cincuenta leguas, á uno y otro extremo de la Francia? Formó pues su plan, proponiéndose cercar la Cartuja de Seillon, registrando despues escrupulosamente sus mas recónditos rincones. Mas como la noche estaba ya demasiado adelantada, aplazó su realizacion para la siguiente.

Durante el dia, debia mantenerse oculto en el cuartel de la gendarmería, á fin de que nadie supiese su llegada á Bourg. Entretanto, uno de los gendarmes, que era sastre, le arreglaria un uniforme completo de oficial del propio cuerpo; diríase que correspondia á la brigada de Lons-le-Saulnier, por cuyo medio podria, sin ser conocido, dirigir al dia siguiente la expedicion contra la Cartuja.

Arreglóse todo conforme á este plan. Entró á la una Roland en el cuartel con el capitan retirándose al cuarto de este, donde se le preparó una cama de campaña, en la cual durmió con la profundidad que es de suponer en un hombre que ha pasado dos dias y dos noches en una silla de posta. Entretúvose al dia siguiente en delinear un plano de la Cartuja de Seillon, con el cual podia dirigir cualquiera la expedicion, sin equivocarse en lo mas mínimo.

Como el capitan no tenia á sus órdenes mas que diez y ocho soldados, fuerza insuficiente para cercar del todo la Cartuja, ni tan siquiera para guardar las dos salidas y practicar un reconocimiento interior, y como para completar la brigada diseminada por aquellas cercanías eran necesario dos ó tres dias; por órden de Roland fué á encontrar al coronel de dragones, cuyo regimiento estaba de guarnicion en Bourg, y enterándole de lo que se proyectaba, pidióle doce hombres, que con los diez y ocho gendarmes formarian un total de treinta.

No solo facilitó el coronel los doce hombres que se le pedian, sino que, al oir que la expedicion seria dirigida por el jefe de bridada Roland de Montrevel, ayudante de campo del primer cónsul, ofrecióse á tomar en ella parte personalmente.

Aceptó Roland la oferta, acordándose de que el coronel (usamos indistintamente los nombres de coronel y jefe de brigada, porque en nuestro ejército designan el mismo grado) acordándose, decíamos, que el coronel y sus doce dragones saldrian á las once, reuniéndose con Roland y los gendarmes en la carretera de la Cartuja de Seillon.

Así sucedió en efecto: á las once en punto, con una exactitud verdaderamente militar, halláronse las dos partidas en el sitio designado, dándose á reconocer Roland, que vestia el uniforme de oficial de gendarmes, al coronel de dragones, siendo para todos los demás un simple oficial procedente de la brigada de Lons-le-Saulnier.

Para desvanecer la extrañeza que pudiese causar que un oficial inferior dirigiese la expedicion, habíase dicho á los soldados que Roland en su juventud fué novicio de Seillon, y que por este motivo conocia mejor que otro alguno los sitios todos de la Cartuja.

A la primera noticia, sintiéronse algo humillados aquellos bravos militares de ser mandados por un ex-fraile; pero como á pesar de todo llevaba el sombrero de tres picos con bastante coquetería, y daba á entender con sus maneras que al vestir el uniforme habia olvidado enteramente los hábitos, suspendieron el juicio, reservándose manifestar su opinion sobre dicho oficial despues que le hubiesen visto manejar el mosquete, que tenia en la mano, las pistolas que se le veian en el cinto, y el sable que pendia de su costado. Previniéronse de teas, poniéndose en marcha con el mas profundo silencio, divididos en tres partidas; una, de ocho hombres, al mando del capitan de gendarmería; otra, de diez, á las órdenes del coronel; y otra, de doce, mandada por Roland. Separáronse á la salida de la ciudad.

El capitan de gendarmería, mas conocedor del terreno que el coronel de dragones, encargóse de guardar con sus ocho hombres la ventana de la *Correrie*, que daba al bosque de Seillon.

Colocó Roland al coronel de dragones con su fuerza en la puerta principal de la Cartuja, tomando él á su cargo, con cinco gendarmes y siete dragones, el registro interior. Dióse la órden de que dentro de media hora estuviese cada cual en su puesto. Era á la verdad sobrado tiempo, atendida la corta distancia que debian atravesar.

Al dar las once y media en la iglesia de Peronnas, Roland y los suyos debian escalar la pared del huerto. El capitan de gendarmes, siguiendo la carretera de Pont-d'Ain hasta llegar al bosque, debia ocupar el punto que se le habia designado. El coronel de dragones se dirigiria al mismo tiempo, por el camino que empalma con la carretera de Pont-d'Ain, á la puerta principal de la Cartuja. Atravesando pues Roland por los campos llegó al pié de la pared, que, segun hemos visto, habia escalado ya otras dos veces.

A las once y media, como estaba convenido, dió la señal, saltando á la otra parte de la pared, seguido de los gendar-

mes y dragones. Al hallarse dentro del huerto, no podian aun estos asegurar si Roland era valiente; lo único que les constaba sí, es que era muy ligero.

Señalóles Roland entre la oscuridad la puerta por donde debian penetrar; era la que desde el huerto daba entrada al claustro.

Lanzándose luego el primero por entre la maleza, fué el primero tambien en alcanzar la puerta y penetrar en el interior. Permanecia todo en la mayor oscuridad y silencio. Siempre al frente de los suyos, entró Roland en el refectorio; por todas partes la misma soledad, por todas el mismo silencio.

Atravesó aquellas fúnebres bóvedas encontrándose en el jardin sin haber hallado otros seres vivientes que los murciélagos huyendo espantados al aproximarse. Faltaba registrar la cisterna, el cementerio y el pabellon ó capilla del bosque.

Encaminóse resueltamente Roland hácia la cisterna. Al llegar al pié de la escalera, encendió tres antorchas, quedóse con una y entregó las otras dos á los que le seguian, separando luego la piedra que ocultaba la escalera. Los gendarmes que acompañaban á Roland empezaron á creer que era tan valiente como ligero.

Al extremo del pasillo subterráneo encontraron la primera verja, la cual estaba entornada, pero no cerrada. Entraron en el cementerio. Allí no solo reinaba tambien el mismo silencio y soledad: reinaba igualmente la muerte. Los mas decididos no pudieron sobreponerse á cierto estremecimiento. Registró Roland una tras otra las tumbas todas, tentando las losas de los sepulcros con la culata de la pistola que llevaba en la mano. La misma soledad, el mismo silencio.

Salió del cementerio, entrando por la segunda verja en la capilla, que se hallaba del mismo modo abandonada, al parecer, desde muchos años. Dirigióse Roland al coro, en cuyo pavimento se veia aun la sangre que nadie se habia tomado el trabajo de lavar. Habia llegado ya al término de su excursion sin obtener el menor resultado. No podia con todo resolverse á retirarse. Creyendo no se habrian atrevido á atacarle por su numerosa escolta, dejó diez hombres con una antorcha en la capilla, encargándoles ponerse en comunicacion por la ventana con el capitan de gendarmería emboscado detrás de ella en el bosque, y retrocedió con dos hombres por el mismo camino.

Los dos que siguieron á Roland le consideraron esta vez, no solo valiente, sino temerario. No parando él sin embargo la atencion en si le seguian ó no, volvió á recorrer, en direccion inversa, toda la distancia que habia antes seguido. Decididamente la Cartuja estaba de todo punto abandonada.

Al llegar á la puerta principal, llamó al coronel de dragones, que con los diez soldados se hallaba en su puesto, y abriendo la puerta, se reunió con ellos. Nada habian visto, nada habian oido. Entraron juntos, y volviendo á cerrar la puerta para cortar la retirada á los misteriosos duendes si tenian la dicha de dar con ellos, fueron á reunirse con sus compañeros, que les estaban aguardando en el coro, despues de habérseles incorporado el capitan y su partida.

Indispensable era emprender la retirada: acababan de dar las dos, de suerte que habian empleado tres horas en inútiles pesquisas.

Roland, rehabilitado en el ánimo de los gendarmes y dragones, que no sabian cómo elogiar el valor del exnovicio, dió con harto pesar suyo la señal de retirada, abriendo la puerta de la capilla que daba al bosque, tomando toda la expedicion el camino de Bourg. Roland, con el capitan y sus diez y ocho gendarmes entraron en el cuartel, despues de haber sido reconocidos por el centinela. El coronel de dragones y sus doce hombres prosiguieron su camino entrando en la ciudad.

Entonces fué cuando vino la voz del centinela á llamar la atencion de Morgan y Valensolle; la entrada de los diez y ocho gendarmes en el cuartel fué lo que interrumpió su cena; esta circunstancia en fin es la que obligó á Morgan á decir:

- Atencion!

En la situacion de los dos jóvenes, todo debia en efecto llamar su atencion. Así que quedó interrumpida la cena, cesando de funcionar las mandíbulas para dejar á la vista y oido llenar sus funciones, con la mayor exactitud posible.

Conocieron no obstante muy luego que solo la vista podria emplearse. Volvió á entrar cada gendarme en su cuarto á oscuras y sin proferir palabra; distinguiéndose solo dos ventanas iluminadas entre las muchísimas que contaba el

Eran cabalmente las que caian en frente de la que ocupaban Morgan y Valensolle, y como estaban en el primer piso, dominaban perfectamente todo el interior. Eran estas ventanas las del cuarto del capitan.

Fuese por descuido de este bravo militar, ó debido á la penuria del Estado, no habia en dichas ventanas cortina alguna; de suerte que con la luz que despedian dos bujías, encendidas sin duda por el capitan para obseguiar á su huésped, podian Morgan y Valensolle observar todo lo que pasaba dentro del cuarto. De repente cogió Morgan el brazo de Valensolle, apretándolo con fuerza.

-Diantre! exclamó Valensolle, qué hay de nuevo? Acababa Roland de dejar su tricornio sobre una silla, y Morgan le habia conocido.

-Roland de Montrevel, dijo, Roland con uniforme de oficial de gendarmería; afortunadamente tenemos nosotros su pista, mientras busca inútilmente la muestra. Conviene no perderla. - Qué vas á hacer? preguntó Valensolle, viendo que su amigo se disponia á dejarle.-Voy á avisar á nuestros compañeros; quédate tú y no le pierdas de vista; ahora deja el sable y las pistolas, de manera que pasará seguramente la

noche en el cuarto del capitan : bien guardado está de tomar mañana cualquier camino que sea, sin que alguno de nosotros vaya siguiéndole los pasos.

Y deslizándose Morgan por el monton de heno, desapareció á los ojos de su compañero, que acurrucado é inmóvil, no perdia de vista á Roland de Montrevel.

Un cuarto de hora despues estaba de regreso Morgan, viéndose en las ventanas del oficial de gendarmería la misma oscuridad que en todas las demás del cuartel.

-Qué tal? preguntó Morgan.-Nada! contestó Valensolle, lo mas prosáico del mundo; despues de desnudarse, han apagado las luces y se han acostado, el capitan en su cama y Roland sobre un colchon; de manera que á estas horas estarán ambos roncando á mas y mejor. -Pues entonces, repuso Morgan, buenas noches para ellos y para nosotros.

Diez minutos despues dormian los dos jóvenes como si nohubiesen tenido tan próximo el peligro.

"ALFUNSO REYES"

Casa de postas. Apdo. 1625 MUNTERREV, METER

El mismo dia, cerca de las seis de la mañana, es decir, durante una de las nebulosas y frias mañanas de los últimos dias de febrero, salia de Bourg por la carretera de Macon ó de San Julian un jinete precedido de un postillon, encargado

> UNIVERSIDAD DE MUEVO L'EDN **BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**

"ALFONSO REYES"

Ando. 1925 MONTERREY, MEXICO